
Religiosa

Horacio Quiroga

textos.info

biblioteca digital abierta

Texto núm. 8920

Título: Religiosa

Autor: Horacio Quiroga

Etiquetas: Cuento

Editor: Brian

Fecha de creación: 25 de junio de 2026

Fecha de modificación: 25 de junio de 2026

Edita **textos.info**

Maison Carrée

c/ des Ramal, 48

07730 Alayor - Menorca

Islas Baleares

España

Más textos disponibles en <http://www.textos.info>

Religiosa

Concluye la tarde de un día de agosto. El crepúsculo ha caído como una pulverización cenicienta, llena de tedio y de meditaciones ocultas. El día galopa hacia el Occidente, dejando en las nubes las manchas sangrientas de su agonía, como el rastro hemorrágico y ardiente de un Pegaso herido, huyendo de la derrota.

Las líneas se esfuman como una pincelada inconsciente; y los cantos del alma, profanados por un nocturno aroma de pecado, suben acre y misteriosamente, como las confesiones purpúreas de una noche nupcial.

Queda en el aire un rumor sombrío, cargado de presagios y de acusaciones; un estéril perfume de celda monacal, un protestante clamor de novicias erróneamente profesadas. Y el luto de las noches australes, opacamente cóncavo, emboza el foco de los contornos

vencidos.

Las tinieblas habían detenido a un monje rendido de cansancio y de ascetismo. En el desfallecimiento de la luz, su figura, mezquinamente humana, tomaba el aspecto de los que han vivido inútil perfume de incienso, resolviendo su razón de ser, su ideal de vida prolífica, en una pálida ictericia.

Alto y escuálido ante los dislocados torreones de una mansión señorial cuyas ruinas quebraban el azul inmenso con perfiles dentellados, levantaba su asombrada expresión de pobre crucificado, y su imaginación evocaba torneos y cruzadas, escudos y doncellas de amores. Se oían claros gritos de clarines, melodías de trovador extranjero que la sugestión cantaba en el recuerdo, y el recuerdo imprimía en la visión.

Por el aire pasaban furiosas cabalgatas, carcajadas de orgia, tensiones y vergüenzas de amor que arqueaban la pureza del monje como un reblandecimiento de Fe insostenible...

Y ante la sombra de aquellas gloriosas genésicas, subían a su memoria, exasperados por una delación tardía pero incesante, sus soñadas faltas de célibe, sus rencores de macho condenado a perpetua esterilidad.

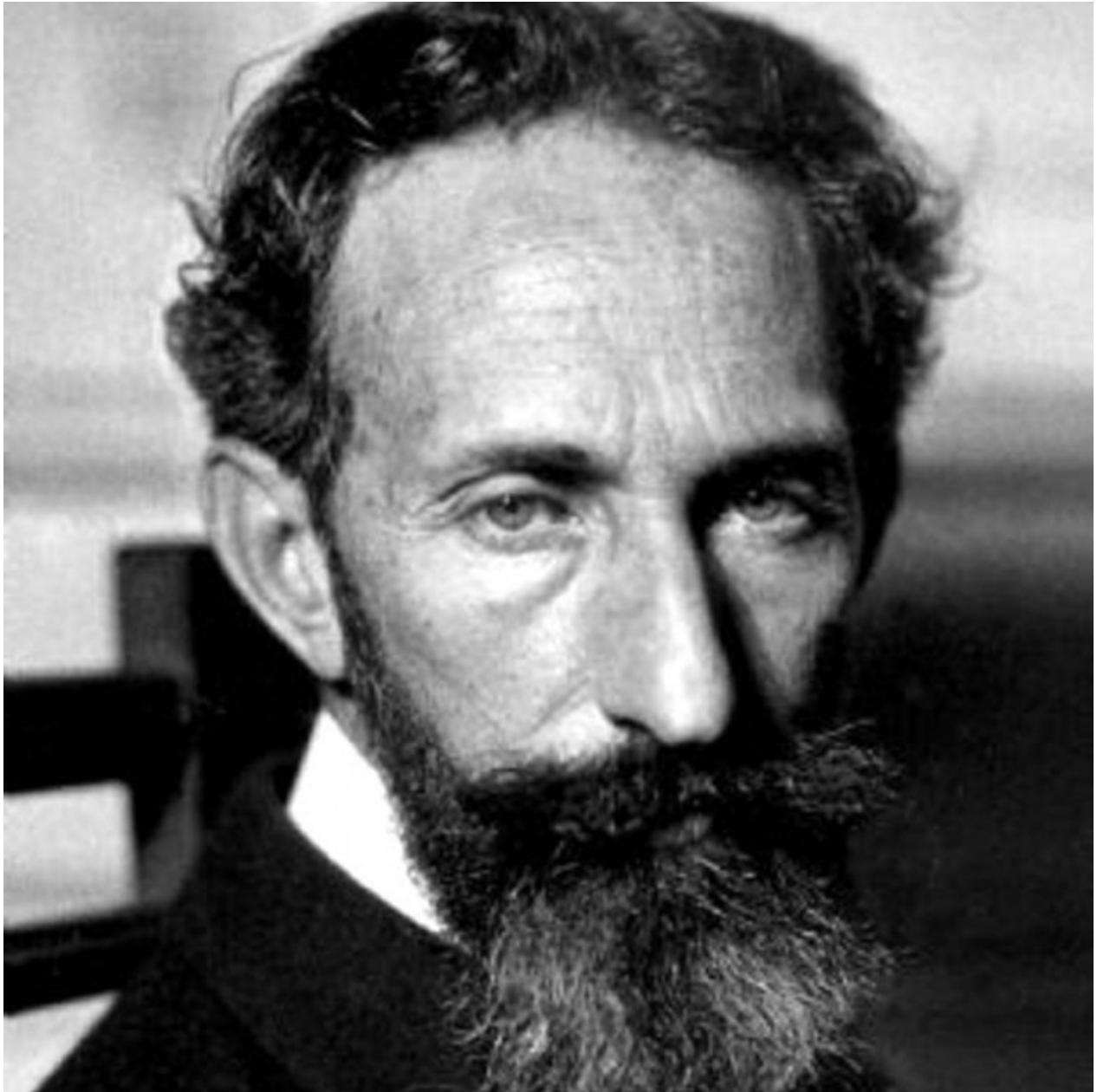
Claridades de vida desarrollada a cielo abierto, intuiciones de una existencia gastada gota a gota entre caricias de harén y secretos de gineceo ateniense, pugnaban en su misticismo con el estremecimiento de una revuelta pretoriana.

Clamaba su juventud —mártir de un paralelo ecuatorial— esterilizada por un rictus de Renuncia; clamaba su fecundidad aherrojada y tendida como una ofrenda (útil y provechosa?) ante la noche de un altar. Clamaba todo su destino extravasado, todo su gran ser humano y pecador.

Y de su pecho, pobre y hundido por la curva impuesta, subían protestas acerbadas; un descorazonamiento de martirio sin objeto, como la exudación de un ideal que ha regido violentamente el organismo, cuya reacción bosqueja en el cerebro trágicos desquites y precipita en los nervios seniles histerias del Vaticano...

Venía la aurora. Una palidez enfermiza anemizaba el Oriente con manchas lívidas. A lo lejos, las campanas de una Iglesia sonaban en el silencio como una plegaria de noviembre. El monje se encaminó hacia el templo, llevando consigo sus rebeliones, doblado por la fatalidad de un error querido, impotente para un esfuerzo cuyos tendones anudaban su existencia, sin fuerza para torcer el camino, arrastrando la amargura de su martirio infecundo, lívidamente iluminado por la madrugada de agosto.

Horacio Quiroga



Horacio Silvestre Quiroga Forteza (Salto, Uruguay, 31 de diciembre de 1878 – Buenos Aires, Argentina, 19 de febrero de 1937) fue un cuentista, dramaturgo y poeta uruguayo. Fue el maestro del cuento latinoamericano, de prosa vívida, naturalista y modernista. Sus relatos, que a menudo retratan a la naturaleza bajo rasgos temibles y horrorosos, y como enemiga del ser humano, le valieron ser comparado con el estadounidense Edgar Allan Poe.

La vida de Quiroga, marcada por la tragedia, los accidentes y los suicidios, culminó por decisión propia, cuando bebió un vaso de cianuro en el Hospital de Clínicas de la ciudad de Buenos Aires a los 58 años de edad, tras enterarse de que padecía cáncer de próstata.

Seguidor de la escuela modernista fundada por Rubén Darío y obsesivo lector de Edgar Allan Poe y Guy de Maupassant, Quiroga se sintió atraído por temas que abarcaban los aspectos más extraños de la Naturaleza, a menudo teñidos de horror, enfermedad y sufrimiento para los seres humanos. Muchos de sus relatos pertenecen a esta corriente, cuya obra más emblemática es la colección Cuentos de amor de locura y de muerte.

Por otra parte se percibe en Quiroga la influencia del británico Sir Rudyard Kipling (Libro de las tierras vírgenes), que cristalizaría en su propio Cuentos de la selva, delicioso ejercicio de fantasía dividido en varios relatos protagonizados por animales. Su Decálogo del perfecto cuentista, dedicado a los escritores noveles, establece ciertas contradicciones con su propia obra. Mientras que el decálogo pregona un estilo económico y preciso, empleando pocos adjetivos, redacción natural y llana y claridad en la expresión, en muchas de sus relatos Quiroga no sigue sus propios preceptos, utilizando un lenguaje recargado, con abundantes adjetivos y un vocabulario por momentos ostentoso.

Al desarrollarse aún más su particular estilo, Quiroga evolucionó hacia el retrato realista (casi siempre angustioso y desesperado) de la salvaje Naturaleza que le rodeaba en Misiones: la jungla, el río, la fauna, el clima y el terreno forman el andamiaje y el decorado en que sus personajes se mueven, padecen y a menudo mueren. Especialmente en sus relatos, Quiroga describe con arte y humanismo la tragedia que persigue a los miserables obreros rurales de la región, los peligros y padecimientos a que se ven expuestos y el modo en que se perpetúa este dolor existencial a las generaciones siguientes. Trató, además, muchos temas considerados tabú en la sociedad de principios del siglo XX, revelándose como un escritor arriesgado, desconocedor del miedo y avanzado en sus ideas y tratamientos. Estas particularidades siguen siendo evidentes al leer sus textos hoy en día.

Algunos estudiosos de la obra de Quiroga opinan que la fascinación con la muerte, los accidentes y la enfermedad (que lo relaciona con Edgar Allan Poe y Baudelaire) se debe a la vida increíblemente trágica que le tocó en suerte. Sea esto cierto o no, en verdad Horacio Quiroga ha dejado para la

posteridad algunas de las piezas más terribles, brillantes y trascendentales de la literatura hispanoamericana del siglo XX.

(Información extraída de la Wikipedia)